

## **HOMILÍA EN LOS LAUDES DEL DÍA 12 DE SEPTIEMBRE**

“Haced todo sin murmuraciones ni discusiones. Seréis así limpios e irreprochables, seréis hijos de Dios sin tacha, en medio de una generación perversa y depravada, entre la cual brilláis como lumbreras del mundo” (Fil. 14-15).

Saludo cordialmente a todos. Agradezco a Dios vuestra fe y la actividad apostólica de vuestra fe y de vuestro celo por el Evangelio.

Pablo exhorta a la concordia en la comunidad cristiana. También en aquella comunidad de Filipos era necesaria esta llamada de atención. “Compartid el mismo amor y el mismo sentir; no hagáis nada por rivalidad ni por vanagloria; al contrario, sed compasivos y manteneos unánimes” (cf. Fil. 2, 1ss). Tres realidades están íntimamente enlazadas: La humildad, el amor y la comunidad fraternal. Esta forma de vivir se inspira, fundamenta y nutre en la comunión con Jesucristo, que siendo de condición divina se despojó de su rango y se hizo obediente hasta la muerte. Por el Espíritu Santo pueden los cristianos seguir a Jesús en su forma de sentir y de vivir.

Lo que Pablo propuso, recordó y pidió a la comunidad de Filipos nos lo dice hoy a todos nosotros con palabra de corrección y de animación. Estamos llamados por nuestra condición de cristianos y de ministros del Señor a seguir la trayectoria de Jesús, obediente hasta la muerte en la cruz de la fidelidad y del amor, y por la cruz hasta la luz. En nosotros se hacen compatibles el gozo en el Señor y la cruz del servicio pastoral, ya que seguimos y servimos a Jesús muerto y resucitado. En el ministerio apostólico se hace presente el misterio pascual del Señor.

En nuestra conducta pacífica y fraternal, sin murmuraciones ni rivalidades, se manifiesta nuestra condición de hermanos ya que todos somos hijos de Dios. En el monte donde se levanta la casa que nos aloja Jesús proclamó las bienaventuranzas. “Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra”; también nosotros, hijos de Abrahán por la fe, heredamos la tierra de la promesa. “Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios”; unidos a Jesús, “el Primogénito de entre los muertos” somos también nosotros hijos de Dios (cf. Mat. 5, 4 y 9). La unidad en la Iglesia no es una convivencia por educación y formas respetuosas en la mutua relación, sino por razones más hondas; por ser hijos de Dios y coherederos con Cristo.

Jesús humilde y obediente, que siguió el camino opuesto al de Adán, fue glorificado, exaltado sobre todas las cosas y entronizado a la derecha de Dios Padre.

Adán se confundió de modelo; se hizo un dios a su medida y cediendo al tentador se encontró despojado.

Siguiendo el camino de Jesús humilde y obediente, seremos hijos de Dios sin tacha; y así brillaremos como lumbreras del mundo. El amor es luminoso; el odio, en cambio, es oscuro. Jesús, Luz del mundo, nos envuelve con su luz para irradiar el gozo de la fraternidad. Aunque seamos preteridos y marginados, podremos ser luz, que incluye no sólo la denuncia sino también la orientación para el camino. Podemos servir a los mismos a los que quizá molestemos por fidelidad al ministerio que hemos recibido. Santa Teresa de Jesús escribió: “La verdad padece, pero no perece”. Siendo testigos de la verdad, podemos derramar la luz que recibimos del Señor en medio de las confusiones y extravíos de nuestra generación.

Del amor, la entrega generosa a los demás, la concordia y la paz brota la luz; en cambio, el odio, el egoísmo, la enemistad y las luchas son generadoras de tinieblas. La metáfora de la luz expresa el corazón sencillo y sin doblez, sin resentimiento ni orgullo. Al contrario, las riñas, humillaciones y exclusiones hacen al mundo confuso y caótico.

Por la iluminación bautismal, por el seguimiento de Jesús, somos hijos de la luz y no de las tinieblas. Nuestra vocación consiste en servir a la Luz, que brilla en el rostro de Cristo, y que las tinieblas se resisten a recibir. Estamos llamados a ser testigos de la Luz, manteniendo firme la Palabra de Dios, que da la vida.

Domus Galileae, 12 de septiembre de 2015

Mons. Ricardo Blázquez Pérez  
Cardenal Arzobispo de Valladolid  
Presidente de la Conferencia Episcopal Española